

Antología de Diego Ascanio

Presentado por

Poemas del Alma 

Dedicatoria

A quién está dispuesto a pagar la pena por descubrir su verdad.

Agradecimiento

Agradezco al tiempo y al ser, que nos puso conscientes en este instante de la historia y se pudo de manera somera y tímida la realización de estas escasas letras que son también el impulso de dios manifestandose de un modo distinto.

Sobre el autor

Oriundo del nororiente Colombiano e instalado en el centro del país. Economista por profesión y vocación, escritor, lector, hijo, hermano, amigo. Multiplicidad, herramienta para vivir una vida que aún es incierta. Un tipo gruñón que aprendió en la basta ciudad a perseguir los sueños aunque el frío no lo dejara dormir. Un ejemplar indígena, negro, mestizo, mulato, que desarrollo habilidades, pasiones, pero sobre todo amor, por la vida y todas sus manifestaciones.

Índice

¿Qué me encuentro al salir?

El ceño fruncido

Están sonriendo los muertos

Versos al vacío

La piedra que soy

Íntima sustancia

VISIONES NOCTURNAS

Tengo una vida atada en la garganta

SÚPLICA

Estado quebrantado

Geología del alma

Alegoría del frenesí

La actitud de poder

Saberse frágil

Memoria temporal

El mundo que nos habita

Después del ruido

La Fuga

Haciendo memoria

Puente avenida calle sexta

Deseo

Carta a Stephen

¿Qué me encuentro al salir?

Ya no tu voz

Ya no tus manos

Solo el ruido del montón

Qué murmuran en vano

Calles llenas, absurdas

Casas vacías, tristes

Se siente la soledad

De las almas muertas

Mis ojos: horribles cortinas abiertas

La luz que entra, no me deja soñar

¿Qué me encuentro al salir?

Si ha donde quiero ir, ya no estás...

El ceño fruncido

Las líneas de mi rostro se agudizan

Mis ojos, antes vigorosos, perdieron fuerza

Ya no me reconozco en tantas cosas

Esta frente fruncida lo confirma

El mal genio no habita en mí, como se supone

No soy un tipo interesante porque guarda silencios

La gente se sorprende con muy poco

Si supieran que no sé cómo he llegado "tan lejos"

Ahora transito más despacio, no hay afán para la muerte

He mutado para sobrevivir; un poco de mí en cada armazón

Trato de recuperar esa ausencia, pero pierdo cada vez

Deambulo por una ciudad que no espera

En esta casa, fantasmas de otra gente me hablan

Susurran cosas que no entiendo

El alma de la gente confía demasiado

Si supieran que estoy igual que ellos

No comprendo mi mente, hay estados de mucha lucidez

Pero de pronto la nostalgia me atraviesa y miro por la ventana

Escribo palabras al azar que me azotan con fuerza las fibras

y mi corazón no logra descifrar la reyerta

Estoy lleno de silencio

Y el mundo desbordado de palabras

Hay millones de ceños fruncidos en esta ciudad de caos:
otro más no significa nada

¿acaso alguien lo entiende?

Están sonriendo los muertos

Pasamos como viento

Ligeros, invisibles

Demoledores

Del cielo

Caen las gotas

Que mis ojos mezquinan

La plenitud

Jamás adentro

Un pájaro canta

El tacto

Vil engaño

De dios

Ayer pasó muy pronto

Los 8 años

Ahora son 30

Los ojos vidriosos

Fino polvo

Reutilizado

Están sonriendo los muertos

El río escarlata

Dejó de serlo

El pensamiento

El alma

El hombre que suspira

Dos árboles disputan

El anidar de la mirla
Su canto los aquieta

Al poeta triste
Las desventuras
Lo hacen menos miserable

Estar vivo
Nunca fue tan fácil
Jamás será tan costoso

Llega el abuelo
Montado en su mula
Descarga el querer

Salven al artista
Sálvenlo ahora
Para que los socorra

El río no desemboca
Se ha perdido en su cause
El mar nunca se fue

Tres hombres han muerto
Nadie los recuerda
Nunca existieron

De lunes a viernes
Se marchitan los rostros
Ademán absurdo

En lo alto de la montaña
Ningún hombre
Encontrará la planitud

Versos al vacío

Quiero correr tras de ti

Quiero decir: Intento

Lento, absurdo

Caigo y te alejas

Quiero hablar después de ti

Quiero decir: Ensayo

Tembloso, incoherente

Callo y te marchas

Quiero no saber más de ti

Quiero decir: Alejarme

Desolado, melancólico

Pienso y ya no estás

Quiero

Morir

Ahora

Lentamente...

La piedra que soy

Me muevo en un mundo que no entiendo. Actúo por formas que desconozco. Cada logro que he conseguido me es ajeno. Quiero ser feliz, pero la felicidad nunca llega, sonrío constantemente, tengo poder de influencia sobre los demás, les gusta compartir conmigo, pero, nunca es lo que quiero, estoy inmerso en el absurdo, ese absurdo no deja de ser el mismo una y otra vez, como Sísifo, mi piedra es poder lograr las cosas y volver a bajar la montaña para arrancar con una nueva, que en realidad es la misma.

Mis razones para vivir aún no las descifro del todo, hay meses en los que mi familia es esa motivación, otros en donde el ser "exitoso" es lo que más prima, sin embargo, no encuentro diferencias entre conquistar algo y no hacerlo, porque de nada sirve si no reconozco el valor que tiene hacerlo.

Quiero quedarme sentado o acostado en mi cuarto, sin ver a nadie, ni el hermoso sol, ni la silenciosa luna. Quiero dejar de comer y tomar agua hasta que mi cuerpo sienta la necesidad de hacerlo. No quiero hacer nada sino es necesario, mi vida solo es una espera agobiante por la muerte.

¿Para qué cosas materiales? ¿Para qué viajar o conocer personas? Si al final, volverás solo al silencio eterno, a la oscuridad perpetua y nada de lo que has "vivido" te llevarás, porque el recuerdo también se irá contigo.

Íntima sustancia

Todo en mi cuerpo se eleva

Mis manos cancinas

Mis ojos añejos

Estoy condenado y bendito

El ascenso al arcano

Es un misterio que me abate

Los días invariables

Las noches lánguidas

En medio de tanta advertencia

Una luz se asoma, tímida

Por la ventana de mi cuerpo

Recorre cada paraje

Lo toca, lo invade, lo ilumina

Los sentidos llenos de gozo, se enaltecen.

VISIONES NOCTURNAS

Encuentro entre líneas, las distintas formas que me muestras,
Oh dios de la ensoñación y del misterio
Me secundas sutilmente al oído la verdad oculta
El tiempo es corto e infinito en el festejo

Los cuerpos dejan de serlo
Ahora la naturaleza humana es otra
¡Qué comunicación! Se desarrolla
Entiendo tus actos y los míos

El perdón se asoma
Las lágrimas corren por la victoria
El dulce toque de tu carmesí es en vano

Al fin entiendo el curso que esta vida tomó
Nunca me ufané de ser verdugo
Reconozco entre líneas, las distintas formas que me muestras

Ojalá no despierte pronto.

Tengo una vida atada en la garganta

Los ojos tristes

Las manos afligidas

El pecho yerto

Los pies exhaustos

Las luces de los autos

El claxon férreo del tranvía

Alguna vez fui feliz

Y no recuerdo cómo

Pierdo los días

Aplazo obligaciones

Siempre el mañana fue secuaz

Hoy es tormentoso

Me río fuerte

Para dejar de escuchar mis reproches

Y olvidar por completo la muerte

Que no temo, pero tampoco espero

Hay sensaciones diarias

La semana pasada

Bajó dios y me dijo:

"Tengo una vida atada en la garganta".

SÚPLICA

SÚPLICA

¡Oh dios poderoso! Apiádate de mi que estoy lleno de resentimiento y tristeza
He olvidado, como el codicioso, aquello que apacigua mi alma
Tengo una sensación de muerte que me acompaña a donde voy
Reúno fuerzas en vano para seguir la vida, siempre la infelicidad y la desdicha me alcanzan
Mientras mi cuerpo logra conquistar el mundo, mi alma expira en cada victoria
Soy un falso asceta, incapaz de discernir el sentido mismo de vivir

¡Oh dios poderoso, ten piedad de mí! ...

Estado quebrantado

La condición que denota mi cuerpo está presentando cambios
Los ojos sin brillo, la voz sin aliento
Estoy reforzando la idea: *la ligereza de vivir*
Pérdida incesante de tiempo

Por las noches, mi corazón se acelera
Brotan de mí lágrimas colosales
Me muevo de un lado a otro
La memoria es feroz con mi sueño

Los duelos siempre pasan antes de cometerse
Hay muertes que no dan espera
Hacerse consciente de forma prematura
Fuerza al hombre a desvanecerse

¡Qué extraño sentimiento es saberse finito!
Pensar que un día todo lo importante se esfuma
Cierras los ojos y la oscuridad se vuelve eterna
Jamás vivir fue tan espantoso

Geología del alma

Me marchito segundo a segundo
El desespero de mi alma circunda la cordura
Un manantial se posa en mis ojos
La caliza ha hecho un vacío

Las luces de esta ciudad me ilusionan
La vista llega hasta el ocaso
Pronto estaré del otro lado
En polvo de estrellas mi cuerpo

Cuántos años han pasado
Y no sé quién soy
En una habitación, con frío
La película de mi vida me atraviesa

Dentro de poco
Todo lo que siento se habrá ido
Y seguiré preso en el mito
Seguiré muriendo en silencio

Alegoría del frenesí

Hace años llegué a esta ciudad
Tuve frío, hambre, miedo
Corrí, sudé, aprendí:
Moverse como única alternativa

En el áspero asfalto de estas calles
Mis pies, descalzos y mis ojos vidriosos
Conocieron el amor y el odio
la impresión de vivir

Desde entonces, todo es ligereza
Un frenesí al que mi cuerpo
Y todos los demás, acudimos para olvidar
Lo importante, lo valioso

Sin embargo, qué habría sido de mi
Si no hubiese aceptado esa velocidad,
No tendría hoy esta fuerza que me invade,
Este momento, de al fin detenerme a contemplar

La actitud de poder

Suponer que estoy por encima del otro
Usar un nombre, un cargo, una grieta
Sentir el mundo de forma ególatra
Acudir triste a la vanidad

¿A dónde fue el carácter justo de los hombres?

La educación fue en vano
Los halagos hicieron estragos
Estamos muertos en el sillón
Qué miedo tan grande es mirar atrás

¿Cuándo el pasado estorbó?

De fracasos y perdedores
Mi pregunta suena lejos:
¿Quién despertó en la cima,
sin haberse recorrido el lecho?

Cubrimos con temor la duda
Alguien en un pueblo bajo
Se atrevió a salir un día
De sus aposentos cruzó el camino

Se enteró de su inconsistencia

Saberse frágil

Es en plena noche cuando el dolor aparece.
Mis ojos volcados al techo.
En la oscuridad total,
la tristeza se desplaza por todo el cuerpo.

Qué extraño es saberse frágil.
Llorar sin razón aparente, devastador.
Una ardiente melancolía
brota como manantial
de aguas turbias, imprecisas y silenciosas.

Estoy cansado de cargar este dolor.
La fragmentación del alma es desconocida,
la respiración apenas atendida
como forma de desolación.
En cada hálito, siento irme.

Aún guardo la esperanza
de encontrar señales que me ayuden,
me salven de tanta pena.
Quiero intentar, procurar, añorar
la serenidad.

Memoria temporal

Sentados en un parque,
el gran viejo refiere a su nieto
-que, hecho un hombre ahora-
escucha con atención de niño
Los relatos de su juventud

Cae dos veces en el mismo apunte
Siempre distinto, siempre lúcido
Lucidez para el alma
Que se asoma y comparte

Felicidad, fresca del recuerdo
9 décadas en 9 minutos
La información es afecto
Palabras que danzan en el tiempo

Se contempla la vida
Impregnada en el cuero
Es la historia de todos
Corre por las venas

Se advierten similitudes
Que son casi exactas
Con voz baja, sin desencajar
Marcas para siempre el camino

El mundo que nos habita

Hay conversaciones que solo pasan en el pensamiento
A diario hablamos con quienes alguna vez escuchamos
Atendemos recuerdos sonoros que marcaron el camino
Creamos memoria a partir de ideas.

Se debe admitir, el silencio como origen
Cuántas veces en reposo reí, sin saber por qué
Solo se encuentra calma en la escucha
De uno mismo, del otro, de dios.

Es posible que muy dentro -aún no se sabe dónde-
Estén las respuestas a esas dudas que no decimos,
Pero que están ardientemente presentes

Las voces que conozco, con las que hablo
En el mundo del ingenio que nos habita a todos
Son más poderosas cuando me detengo a advertirlas

Después del ruido

Afuera hay un estruendo.
De un lado a otro, los cuerpos danzan
el compás que los define,
los supera
y los aflige.

Adentro hay un vacío.
De pies a cabeza, la conciencia es quietud.
No hay forma de adentrarse:
el miedo
los obliga a huir.

Entonces, ¿quién es esta gente?,
¿de dónde vienen los crujidos,
cuando al fin escuchamos?

Es demasiado tarde.
Solo el silencio como límite
a una vida presurosa.

La Fuga

Esta ciudad de precipitaciones está, paradójicamente, inmóvil.
En los rostros de la gente, las gotas se mezclan con el llanto:
la única forma de expiación que han logrado;
fingir estar empapados cuando la tormenta es por dentro.
Esta ciudad de muchos está, sorprendentemente, deshabitada.
En las calles, la gente se acumula;
los cuerpos se confunden con las almas.
La única forma de vida que encontraron:
fingir saber lo que se hace cuando el corazón está en otro lado.
No sé bien cómo definir un lugar como este,
donde la lluvia es intermitente,
la gente está seca de pasión
y el olor a desprecio habita cada calle.
Quién sabe cuándo podré explicar esta ciudad;
tal vez nunca lo haga y, contrario a mi pensamiento,
esta capital me explique a mí:
un sin nombre, como todos,
que perdió el tiempo.
Caminaré hacia la utopía,
aunque eso signifique perderme
en el horizonte donde cae el sol,
que me quemén los pies
y lloren mis pasos.

Haciendo memoria

El frío cruel que intimida estas tierras ha calado fácilmente en la emotividad del cuerpo, que cede ante el gélido clima.

La memoria ha retornado a tiempos más cálidos; la herencia campesina, indígena, mulata repasa, como película, períodos más simples pero fervorosos.

En el nuevo hogar, lleno de desarrollo y libertad, las familias son conformadas por uno mismo, y los aljibes ya no están en el patio, sino colgados en la pared.

Hemos malinterpretado el "salir adelante" con el querer acaparar tiempo, dinero, personas. Olvidamos la voluntad de hacer sin esperar; ahora todo es "recíproco".

Los niños en la calle ya no corren ni juegan: el asfalto los extraña, y sus padres también. ¿Adónde fue la inocencia del nene?, ¿adónde la emoción del adulto?

El tiempo es veloz y salvaje; cada vez que nos miramos al espejo hay otro que, poco a poco, se deshace. Qué medida tan extraña la de la eternidad.

Cada carta que se escribe es un pedazo de este mundo: un remitente que no cede y un receptor que aún no es sabido.

¿Cuándo pasará este frío, esta nostalgia y esta cuita?

La lucha no es contra el clima, sino con esta sangre bendita.

Puente avenida calle sexta

Puente avenida calle sexta

Nunca he entendido la nostalgia que nos invade ante la fragilidad del otro. Tal vez porque, en nuestra propia naturaleza, oscilamos entre apropiarnos del dolor ajeno o despreciarlo por completo.

Una tarde caminabas cuesta arriba, con los brazos abiertos. No era solo la pendiente la que te pesaba. Desafiabas a los monstruos rojos que transportaban, en su vientre, otras bestias sudorosas.

Te miraban perplejos ante tu grito.

Entonces las piernas se te doblaron. En silencio, tu carne dio contra el piso.

El monstruo siguió su ruta. Tú morías en cada exhalación.

Deseo

En lo más íntimo de mí,
en los aposentos del silencio,
un puñado de tierra
cierra las puertas del deseo.

Con esfuerzo
logro pronunciar un saludo,
sentarme junto a otros,
mirar ?retraído? a los ojos.

No hay otra forma:
andar siempre agazapado, tímido.
El grito se oye lejos
y el eco vuelve débil.

Mi aspiración
es sacar todo de este cuerpo,
romper esta mudez
que me ahoga y me marchita.

Carta a Stephen

Querido Stephen:

He leído los mensajes de los últimos días y me preocupan particularmente dos cosas.

Por un lado, su ferviente y admirable postura acerca de salvar este país a toda costa; noto con cierto detalle el proceso que ha iniciado con el fin de dejarles a sus hijos y a los hijos de todos un lugar distinto y mejor. Sin embargo, que ponga usted todas sus esperanzas en estas personas y deje de lado el propósito subjetivo que tiene la vida es la segunda cosa que me inquieta, porque bien sabemos que nuestros compatriotas no son, singularmente, personas que valoren el esfuerzo del otro.

Entiendo que nuestro camino es largo, lleno de dificultades que, a veces, sobrepasan toda concepción conocida por nuestra experticia en los hombres, y eso puede que nos caiga como un baldado de agua fría; pues los intereses de su causa (que también considero la mía), bien sé yo que son nobles y completamente ausentes de un interés particular, como muchos creen e incluso esperan.

No estoy de acuerdo con que su misión esté supeditada a lo que un consejo académico determine acerca de su aceptación o no en un campus que, aunque soñado, no deja de ser cuatro paredes (más longevas que todos), pero que no significan nada más de lo que nosotros podamos significar.

Espero que no malentienda lo que le digo. No estoy siendo trágico respecto a su futuro, ni mucho menos. Como alguien que ha estado a su lado ?en ocasiones cerca, otras más bien lejos?, reconozco la brillantez que habita en usted, el esfuerzo, la lucha, el amor que siente por estas tierras, por estas gentes. No; lo que yo digo es que usted es mucho más que una institución, está por encima de eso, y no puede dejar que su corazón y sus ambiciones, tanto personales como globales, estén maniatadas a dicho evento.

Quisiera recordarle, para finalizar, un pasaje de nuestra vida, un pequeño capítulo de este andar tan maravilloso que es este camino:

Hace años tuvimos la oportunidad de reconocernos en un aula, en una reunión, en unas calles que hoy en día llevan nuestros nombres; han escuchado nuestras historias, han presenciado de primera mano los actos más atrevidos, locos y puros que pudiéramos darles. Usted, con su irreverencia; yo, con mi parsimonia. Y, aunque no siempre ha sido de la misma forma, ambos hemos hecho de su numen y del mío algo que está por encima del dinero, de las letras, del conocimiento. El legado lo estamos dejando en nuestros hermanos, nuestros padres, abuelos, ahijados y todos aquellos que, de una u otra manera, han tenido la oportunidad de encontrarse con nosotros.

No quiero que sienta que lo adulo o que estoy siendo pretencioso con esta forma de escribir. Lo que espero que entienda es que nuestras vidas, en sí mismas ?por la gracia de no sé qué?, ya están haciendo historia; y que usted, sobre todo usted, es más grande que cualquier expresidente, cualquier gran emperador. Y que, en esta vida, la fortuna de haberlo tenido no la cambio por nada, ni por nadie.